

CARTA SEXTA.

LA ELOQUENCIA ES NATURALEZA, y no Arte.

1 **M**uy Señor mio: Preguntame Vmd. qué estudio he tenido, y qué reglas he practicado para formar el estilo, de que uso en mis Libros, dandome à entender, que le agrada, y desea ajustarse à mi método de estudio, para imitarle. Siendo este el motivo de la pregunta, muy mal satisfecho quedará Vmd. de la respuesta, porque resueltamente le digo, que ni he tenido estudio, ni seguido algunas reglas para formar el estilo. Mas digo, ni le he formado, ni pensado en formarle. Tal qual es, bueno, ò malo, de esta especie, ù de aquella, no le busqué yo: él se me vino; y si es bueno, como Vmd. afirma, es preciso que haya sido así, como voy à probar.

2 Solo por dos medios se puede pretender la formación de estilo, el de la imitación, y el de la práctica de las reglas de la Rhetórica, y el ejercicio. Aseguro, pues, que por ninguno de estos medios se logrará un estilo bueno. No por el de la *imitación*, porque no podrá ser perfectamente natural; y sin la naturalidad, no hay estilo, no solo excelente, pero ni aun medianamente bueno, ¿Qué digo ni aun medianamente bueno? Ni aun tolerable.

3 Es la naturalidad una perfección, una gracia, sin la qual todo es imperfecto, y desgraciado, por ser la afectación un defecto, que todo lo hace despreciable, y fastidioso. Todo digo, porque entienda Vmd. que no hablo solo del estilo. A todas las acciones humanas dá un baño de ridiculez la afectación. A todas constituye tediosas, y molestas. El que anda con un ayre, ò movi-

mien-

miento afectado; el que habla; el que mira; el que ríe; el que razona; el que disputa; el que coloca el cuerpo, ò compone el rostro con algo de afectación; todos estos son mirados como ridiculos, y enfadan al resto de los hombres. El que es desayrado en el andar, ò torpe en el hablar, algo desplacerá à los que le miran, ù oyen; mas al fin, solo eso se dirá del que es desayrado en lo primero, y torpe en lo segundo. Pero si con la imitación de algun sugeto, que es de movimiento ayroso, y locucion despejada, afecta uno, y otro, sobre no borrar la nota de aquellas imperfecciones, se hará un objeto de mofa, y aun le tendrán por un pobre mentecato.

4 Solo una excepcion se me ofrece hacer en esta materia, y es à favor de la adulación. Este diabolico hechizo siempre se queda hechizo, de qualquiera modo que se confeccione. Necesariamente entra en él la afectación, y con todo siempre agrada. Por mas que se coloque la lisonja en voces desentonadas, para los oidos del adulado es mas dulce que el canto de las Syrenas.

5 A todo lo demás inficiona, y corrompe la afectación. Es preciso, que cada uno se contente en todas sus acciones con aquel ayre, y modo, que influye su orgánica, y natural disposición. Si con ese desagrada, mucho mas desagradará, si sobre ese emplasta otro postizo. Lo mas que se puede pretender es, corregir los defectos, que provienen, no de la naturaleza, sino, ù de la educación, ù del habitual trato con malos exemplares. Y no logra poco, quien lo logra. En esto facilmente se padece equivocación, tomando uno por otro. De algunos se piensa, que enmendaron la naturaleza, no habiendo hecho otra cosa, que desnudar un mal habito.

6 Es una imaginación muy sujeta à engaño la de la pretendida imitación del estilo de este, ò aquel Autor. Piensan algunos, que imitan, y ni aun remedan. Quiere uno imitar el estilo valiente, y enérgico de tal Escritor, y saca el suyo áspero, bronco, y desabrido. Arrimase otro à un estilo dulce; y sin coger la dulzura, cae en la lan-

languidez. Otro al estilo sentencioso; y en vez de armoniosas sentencias, profiere fastidiosas vulgaridades. Otro al ingenioso; como si el ingenio pudiera aprenderse, ó estudiarse, ó no fuese un mero dón del Autor de la Naturaleza. Otro al sublime, que es lo mismo que querer volar quien no tiene alas, porque vé volar al paxaro, que las tiene. ¿Y qué sucede á todos estos? Lo que ya advirtió Quintiliano, que caen con su imaginada imitación en su estilo peor, que aquel que tuvieron, siguiendo el propio genio, sea el que fuere; porque al fin, este podrá ser baxo; aquel, sin dexar de ser baxo, toma la deformidad de ridiculo: *Plerumque declinant in peius, & proxima virtutibus vitia comprehendunt, fiuntque pro grandibus tumidi, prestis dexiles, fortibus temerarii, lætis corrupti, compositis exultantes, simplicibus negligentes* (Instit. Orat. lib. 10. cap. 2.).

Es verdad, que Quintiliano dá una instrucción para que no se cayga en este inconveniente; que es, que cada uno examine sus fuerzas, para no emprender mas que lo que ellas pueden: *In suscipiendo honore consulat suas vires*. Pero esto es proponer un medio, ó imposible, ó punto ménos. ¿Quién hay que mida exactamente la extensión de sus fuerzas? En orden á las facultades corpóreas esto es fácil, porque es visible, y palpable. Pero en orden á las espirituales, muéstrese el hombre, que no piense de sí mas de lo que puede. Si esta regla padece alguna excepción, es solo en los grandes ingenios, cuya penetración es capaz de la reflexion mas difícil de todas; esto es, la justa reflexion sobre sí mismos. Pero aun estos se engañan, si al ingenio no acompaña, ó una superior ilustración gratuita, ó una indole medrosa, y desconfiada. De ahí abaxo todos se engañan en una proporcion inversa de la presunción con la habilidad: quiero decir, que tanto padecen mayor engaño en lo que presumen, quanto es menos lo que alcanzan.

8 Un exemplar, que muestra quán expuestos están los hombres á errar en el concepto de que imitan tal, ó tal

tal estilo; me presenta cierto Escritor moderno, por otra parte muy capaz, que está persuadido á que su pluma es fiel copista de la de Don Diego Saavedra, quando los demás hallan de uno á otro estilo la diferencia que hay del noble al humilde; del enérgico al floxo; y del vivo al muerto. Acaso escribiría mejor, si se sacudiese de esa literaria servidumbre: que así la llamo, siguiendo á Horacio, de quien es aquella invectiva: *Ob imitatoris servum pecus!* En esto, como en otras muchas cosas, cada hombre tiene su carácter, que le distingue, y hace distinguir por los que son dotados de algun conocimiento, los quales discernen muy bien lo que es copia, y quanto dista esta de la perfección del original. El discreto Conde de Erizeyra, que escribió la Vida de Jorge Castrioto, se propuso, como él mismo confiesa, imitar el estilo Castellano de nuestro Don Antonio de Solís; y no negaré, que le imitó; pero quedando un grande intervalo entre los dos. Siguió sus pasos, pero de lexos. Digo lo mismo, que acaso deleytaria mas á los Lectores aquel Procer Portugés, si entregase enteramente su pluma á la dirección de su genio.

9 Y si aun los que son bastantemente hábiles, degeneran tan sensiblemente del modelo, que se proponen; ¿qué sucederá á los que nacieron con un talento, que aun no llega á la mediocridad? Lo que á los grajos, que pretenden remedar el gorgéo de los ruyseñores; lo que al Pastor, que quiere con la zampona emular la harmonia de la lyra. En caso que logren alguna ruda semejanza del exemplar que atienden, será una semejanza como la del mono con el hombre, que eso mismo le hace mas feo que otros brutos. ¿Y qué son realmente estos imitadores, sino unos ridiculos monos de otros hombres?

10 Si el componer el estilo por imitación sale mal, el formarle por la observancia de las reglas aun sale peor. Las reglas que hay escritas son innumerables. ¿Quién puede hacerselas presentes todas al tiempo de tomar la pluma? Mientras piensa en una, ó en dos, ò tres, se le es-

capan todas las demás. No solo cada período, aun cada frase, y cada voz ha de proporcionar á quinientas normas diferentes. No basta que no discrepe de esta, ò de aquella; es menester que de ninguna discrepe.

11 Lo peor es, que aunque hay tanto escrito de reglas, aun les muchísimo mas lo que se puede escribir, porque no hay regla, que padezca sus excepciones; y para las mismas excepciones hay otras excepciones.

12 El genio puede en esta materia lo que es imposible al estudio. A un espíritu, que Dios hizo para ello, naturalmente se le presentan el orden, y distribución, que debe dár la materia sobre que quiere escribir: la encadenación mas oportuna de las clausulas: la cadencia mas ayrosa de los períodos: las voces mas propias: las expresiones mas vivas: las figuras mas vellas. Es una especie de instinto lo que en esto dirige el entendimiento. Mas por sentimiento, que por reflexion, distingue el alma estos primores. En la invencion de ellos está ocioso el discurso, dexandolo todo á cuenta de la imaginación.

13 Nadie con razon me podrá oponer el simil de las artes factivas, donde el estudio, y observancia de las reglas hace Artífices peritos, y sin ellas ninguno lo es. No hay paridad de uno á otro. ¿Quién no vé, que si el simil fuese justo, así como sin el estudio de las reglas de la Pintura, nadie se hace ni aun Pintor mediano, así sin el estudio de las reglas de la Rethorica, nadie sería ni aun medianamente eloquente? Sin embargo, cada dia se vé lo contrario. Amiot de la Housaye dice, que Gastón, Duque de Orleans, que nada habia estudiado, hablaba en el Parlamento, siempre que se ofrecia, tambien como un buen Orador; y Luis, Principe de Condé, que estaba instruído en las reglas de la Rethorica, apenas acertaba á formar dos clausulas oportunamente (Mem. Historicas, tom. 2. v. Condé)

14 Hay una gran diferencia, en quanto á la aplicación, entre las reglas ordenadas á artificios materiales, y las

las que dirigen en materias puramente intelectuales. En las primeras es por lo comun evidente, y visible la conformidad, ò desconformidad con las reglas; v. gr. si una línea es recta, ò torcida, si la curvatura de un arco es tanta, ò quanta, la aplicación de la regla, ò el modelo quita toda duda. En el uso de las segundas todo vá, digamoslo así, á buen ojo. No hay Geometría para medir, si una metáfora, v. gr. salió ajustada, ò no á las reglas. De aqui la frecuente oposicion de opiniones entre los Rhetoricos facultativos, quando se trata de censurar alguna pieza de eloquencia. Y es, que el acierto en esto, como en otras muchas cosas, pende puramente de una facultad animastica, que yo llamo *Tino mental*. El que tiene esta insigne prenda, sin alguna reflexion á las reglas, acierta; y quanto con mayor perfeccion la posee, tanto con mas seguridad se pone en el punto debido. El que carece de ella, por mas que ponga los ojos en las reglas, desbarra; porque es tambien menester el *Tino mental* para discernir, si el rasgo que tira es conforme, ò diforme á las reglas, y ese le falta: juzgará que se eleva al estilo sublime, y caerá en el obscuro, y violento; que forma un hyperbole magnifico, y le sacará monstruoso, &c.

15 El simil mas justo (aunque no absolutamente perfecto), que en quanto al uso, y utilidad hallo para el arte de la Rhetorica, es de la Lógica, ò arte Sumulistica. Dá este reglas para razonar bien, como aquel para hablar bien. Pero del mismo modo que el que no tiene bastante entendimiento para discurrir bien, discurre defectuosamente por lo comun, por mas que haya estudiado las reglas Sumulisticas; y el que le tiene, discurre con acierto, aunque las ignore: ni mas, ni menos, el que no tiene genio, nunca es eloquente, por mas que haya estudiado las reglas de la Rhetorica; y lo es el que lo tiene, aunque no haya puesto los ojos, ni los oídos en los preceptos de este Arte. He visto (¿y quién no los habrá visto?) muchos Escolásticos, que tenian en la uña

todas las reglas de las Sumulas, y apenas razonaban justamente en materia alguna; al contrario experimenté muchos sugetos, que razonaban admirablemente, sin noticia alguna de los preceptos de la Logica. Estos, sin haber oído jamás hablar de *apelaciones, suposiciones, ampliaciones, restricciones, conversiones, equipolencias, modalidades, &c.* guiados de la luz nativa de su entendimiento, prueban lo que proponen, sin incurrir en alguno de los vicios, que van a precaver aquellas reglas. Y aquellos, despues de quebrarse mucho la cabeza en mandarlas à la memoria, tropican contra ellas à cada paso. Lo qual consiste en que para hablar, y discurrir con acierto, mas vale un buen golpe de ojo del entendimiento, que muchos repasos de las reglas; ya porque si no hay bastante capacidad, se yerra muchas veces el uso de ellas; ya porque mientras se pone la atencion en alguna, ò algunas, se pasan por alto todas las demás. ¿Quién en cada clausula, en cada proposicion, que ha de formar, puede tener presente tanta copia de preceptos, para no discrepar de ninguno de ellos?

16 Lo mas que yo podré permitir (y lo permitiré con alguna repugnancia) es, que el estudio de las reglas sirva para evitar algunos groseros defectos. Mas nunca pasará, que pueda producir primores. La gala de las expresiones, la agudeza de los conceptos, la hermosura de las figuras, la magestad de las sentencias, se las ha de hallar cada uno en el fondo del propio talento. Si aí no las encuentra, no las busque en otra parte. Ahí están depositadas las semillas de esas flores; y ese es el terreno donde han de brotar, sin otro influxo, que el que acalorada del asunto, les dá la imaginacion. Quiero hacer sensible esto con la experiencia.

17 Propongase à uno, que tuvo estudio, y carece de genio, para que discurra sobre él, no phylosofica, sino rhetoricamente, este trivialísimo asunto: *La obligacion que tienen los nobles à imitar à sus ascendientes.* Considere desde luego repasando con la memoria las reglas,

y exemplos que leyó en las *Instrucciones Oraterias* de Quintiliano, en el Tratado de Eloquencia del Padre Causino, y en el *Canochiale Aristotelico* de Manuel Thesauró. ¿Que hará con todo eso? Aseguro que nada. Las reglas son unas luces estériles, como las sublunares, que alumbran, y no influyen. Dán un conocimiento vago, y de mera theórica, sin determinacion alguna para la practica. Los exemplos son hazañas de otros ingenios, que no puede imitar sino quien tenga valentia igual à la suya. ¿Que importa que yo véa cómo se remonta el Aguila à la segunda region del ayre? ¿Podré por eso elevarme à la misma altura, no teniendo las mismas alas, y la misma fuerza?

18 Mas al fin, mi rhetorico de estudio hará su composicion, en que naturalmente habrá mucho de follage afectado, con nada de gala, ò ingenio; porque yo nunca puedo esperar mas de quien para la rhetorica no tiene otro auxilio, que el estudio del Arte. Sea lo que fuere, pretendo que su produccion se coteje con el rasgo siguiente, que sobre el mismo asunto produjo por diversion un sugeto de alguna habilidad, pero que jamás habia estudiado ni una hoja de Rhetorica.

9 *Es la nobleza semilla de la virtud. Siembrase en el cuerpo, y fructifica en el alma. Quien comunica la sangre, comunica los espiritus. Aun à largas distancias conserva su purpureo raudal la direccion que le dió la excelsa fuente de donde se deriva. Del fervor, que la inflama, se levanta la llama, que la ilustra. Sirve la gloria heredada de estímulo contra las perezas del corazon. Presentase en la memoria; y puesta en la memoria, es despertador de la voluntad. Ofrecele aquel objeto al noble un original, de quien ha de sacar en sí mismo la copia: un espejo, donde véa, no lo que es, sino lo que debe ser: una escuela mental, en quien sus Progenitores son sus Maestros. El que degenera de ellos, se constituye extraño, respecto de los mismos que mira como suyos. Se hace forastero, ò huesped intruso en su propria casa. No le*

queda de la prosapia otra cosa, que el apellido; y aun ese debe hacer la cuenta, que se le adapta como bastardo. Quando habláre de sus ilustrés predecesores, no diga que descende de ellos, sino que baxa, ò no solo que baxa, sino que cae. La distancia que hay entre el heroísmo, y la vileza, es el espacio que mide con la caída. La fealdad del vicio duplica su deformidad en quien debiera apropiarse como hereditaria la virtud. Quantos ascendientes gloriosos jacta, tantos fiscales de su conducta se cuenta. Aquella gloria es su ignominia. Lo mismo que le ensoberbece, le abate; porque no le toca de aquella luz sino el humo. Considerese en el arbol genealogico, que tanto ostenta, como una rama marchita, à quien el ayre de la vanidad agita para nada mas que hacer ruido. En la Phylosophia Etbica la nobleza, que no obra, no existe. Los Escudos de Armas, que adornan sus paredes, enoblecen el edificio, y desdoran la persona. La memoria de triunfos pasados, que abrió el cincel en la frente de la casa, acuerda à todos, que está muerta en el corazon de su dueño.

20 Yo me persuado à que en este breve discurso hallarán los inteligentes sentencias ingeniosas, alusiones oportunas, figuras elegantes, y otros primores de Rhetorica, que en este Arte tienen sus nombres, y definiciones; pero no solo las difiniciones, pero aun los nombres creo ignoraba el que le hizo: que en esta materia sucede, que el buen genio acierta con las cosas, sin saber ni aun los nombres; y el estudio sin genio, teniendo en la memoria de los nombres, difiniciones, y divisiones, no acierta con las cosas. Acuerdome de haber leído, que queriendo un Principe hacer un sumptuoso Palacio, llamó para ellos dos Arquitectos famosos. El uno era un grande dogmatico en su Arte, del qual tenia en la uña infinitos preceptos, que habia aprendido en varios libros: el otro de poco estudio theórico; pero dotado de insigne numen para la práctica. Llegando el caso de proponerles el Principe la obra que intentaba, habló el primero

en

en la materia con mucha erudicion, llenando de mil voces Geometricas, y Arquitectonicas un largo razonamiento. Habiendo acabado, le preguntó el Principe al segundo ¿qué tenia que decir sobre el caso? Señor, respondió él, yo no tengo que decir otra cosa, sino que haré todo lo que ha hablado mi compañero. Bien clara está al asunto la aplicacion.

21 Y si en lo que mira à hablar, ò escribir con exornacion, gula, y agudeza, basta el genio, y sobra el estudio, como me parece dexo bastantemente probado; con mas razon se podrá asegurar lo mismo en orden à la parte mas importante, y esencial de la eloquencia, que es la persuasiva. ¿Quién no vé, que esta meramente es obra de un entendimiento claro, de una perspicacia nativa, la qual representa las razones mas oportunas, y eficaces para mover, atentas las circunstancias, à los oyentes, ò lectores, sobre el asunto que se propone? Supongo que conduce mucho para ello la claridad, y el orden. Pero estoy siempre, en que esto lo hará mucho mejor el genio que el estudio. Lo mismo digo de las expresiones patéticas para excitar los afectos. Aunque pienso, que en quanto à la eficacia de estas están algo engañados, no solo los Oradores comunes, mas aun los mismos Maestros de la Oratoria. Lo que queda subsistente en el espíritu de los oyentes para moverlos à obrar, quando llegue la ocasion, aquello que se les ha procurado persuadir, es la fuerza substancial de las razones. Hace sin duda mucho al caso, que las razones se propongan con fureza, y energia, porque penetran asi, y hacen mas profunda impresion en el ánimo; pero la virtud excitativa de los afectos, que consiste precisamente en las voces, es de un influxo muy pasajero, que apenas espera para disiparse à que los oyentes desocupen el Teatro.

22 Solo resta yá decir algo en orden al exercicio. Véo este generalmente recomendado; y parece que con razon: ¿porque qué materia hay en que el exercicio no habilite las potencias, y les preste facilidad, y despejo

para executar con mas presteza, y perfeccion? Sin embargo, mi experiencia me hace desconfiar algo de este medio. Diez y siete años há que estoy exercitando la pluma en todo genero de estilos, porque de todos generos lo pedia la variedad de los asuntos, el sublime, el mediano, el humilde, el exhortatorio, el narrativo, el increpatorio, tal vez el festivo, &c. y véo bien claro, que con todo este exercicio, en nada he mejorado el estilo, ni creo que nadie le hallará poco, ni mucho mas perfecto en mis ultimas producciones, que en las primeras.

23 Quedame, no obstante (por confesarlo todo), un leve rezelo, de que en mi genio, ó llamese disposicion del temperamento, haya algun estorbo oculto, para que en orden á la eloquencia me sirvan los auxilios, que aprovechan á otros. Sé con toda certeza, que me es imposible acomodarme á la imitacion de otro algun Escritor. La poca, y ligera lectura, que por mera curiosidad he tenido uno, u otro breve rato en algunos Autores, que han tratado de Rhetorica, me ha dado á conocer con la misma evidencia, que la aplicacion al uso de las reglas, en vez de ayudarme, me embarazaria. Acabada la Gramatica, me dieron unas pocas lecciones de Rhetorica, que olvidé enteramente; y si mas hubiera estudiado, mas procurara olvidar por la razon expresada, que me estorbaria en vez de aprovecharme. En orden al exercicio ya tengo dicho. Acaso otros tendran mejores disposiciones para que la imitacion, el exercicio, y el estudio les sirvan. Pero á todos aconsejare, que no se fien al proprio dictamen en orden al concepto, que deben hacer de las ventajas, que han adquirido con esos auxilios. Es facilísimo engañarse cada uno á sí mismo en esta materia. ¿Quántos, pensando que con la imitacion han mejorado de estilo, le han empeorado con la afectacion? Conozco algunos.

24 Si alguna cosa puede aprovechar en esta materia, es, en mi dictamen, el frequentar bucnos exemplares,

res, así en la lectura, como en la conversacion. Pero esto no se haga con la mira de imitar á alguno, ó algunos, de que resultarían los inconvenientes que he expresado. Tampoco se ha de poner estudio en mandar á la memoria las voces, ó frases, que se oyen, ó leen. Sucederá que estas, en el contexto del que las profiere, están colocadas de modo, que hacen un bello efecto; y traspuestas á otro, tendran mal sonido. ¿Pues qué fruto se puede sacar de los buenos exemplares sin este cuidado? No será muy mucho; pero será alguno. Insensiblemente se vá adquiriendo algun habito para hablar con orden. Sirven tambien las voces, y frases de los buenos exemplares, que se frequentan, no poniendo cuidado en estudiarlas, ni usar de ellas. Sin eso se quedarán muchas veces en la memoria, y como espontaneamente se vendrán á veces, sin llamarlas, á la lengua, ó á la pluma. De este modo vendrán bien, y caerán en su lugar, como si fuesen producciones del proprio fondo. Este es, en mi sentir el único medio, que hay para ayudar en el estilo la naturaleza con el arte; porque en él toma el arte el modo de obrar de la naturaleza. Es quanto sobre el asunto puedo decir á Vmd. cuya persona guarde Dios, &c.



CARTA

D4

CAR-